

Efemérides en los zapatos

CUENTO

por F. García Pavón.

BAJO la cama niquelada, medio ocultos por el dentellado telón de una colcha con flecos, hay un par de zapatos. Pertenecen a un hombre, y están hechos de ante color marrón. El zapato derecho está manchado con una gota de tinta; el izquierdo, con un chafarrinón de sangre y un pintajo de tiza.

El dormitorio que nos ocupa, goza de una dulce penumbra. Sólo se oye en él la pausada respiración del durmiente y el inevitable reloj.

Todos los zapatos de los hombres del mundo puestos en fila, le darían al globo terráqueo nuevos y preciosos ecuadores, pero sólo nuestro par, los de ante, tendrían este triple distintivo: la gota, el chafarrinón y el pintajo.

El calzado que nos ocupa, pertenece a un hombre a quien sus amigos, pudorosamente, llaman Falo. Su verdadero nombre es Rafael.

Vamos, pues, a contar lo que Falo hizo aquel día, que tan extrañamente quedaron marcados sus zapatos.



EL BORRÓN DE TINTA

A las diez de la mañana, entre churro y sorbo de café, Falo escribía una carta. A propósito de ello, su madre le habló de lo poco que alimenta aquello que se se toma entre quehaceres. Pero él continuó hasta el último párrafo, conjugando los churros y los conceptos; y sin manchar el papel de grasa.

A las madres se le suele hacer poco caso. Al fin y al cabo, su voz nos es familiar, como la de nuestra conciencia. Cuando Falo se disponía a firmar su carta matinal, se le secó la estiligráfica. La sacudió entonces con fuerza; segregó ésta su mala sangre y pudo, al fin, concluir nuestro hombre el látigo de su rúbrica.

Ya tenemos la mancha de tinta del zapato derecho... La verdad es que Falo tuvo poca suerte al sacudir la pluma.

El último párrafo de la carta decía: «No lo olvides, te esperaré a la salida de la Universidad. Tuyo, F.